



Boletín de Antropología Universidad de
Antioquia
ISSN: 0120-2510
bolant@antares.udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Puerta Domínguez, Simón

Reseña crítica al libro Pueblos indígenas para el mundo del mañana, de Stephen Corry
Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, vol. 32, núm. 53, enero-junio, 2017, pp.
277-280
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55750078015>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

Reseña crítica al libro *Pueblos indígenas para el mundo del mañana*, de Stephen Corry

Simón Puerta Domínguez

Magíster en Filosofía

Grupo de Investigación y Gestión sobre Patrimonio, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia (Medellín, Colombia)

Dirección electrónica: puerta.dominguez@gmail.com

Puerta Domínguez, Simón (2017). "Reseña crítica al libro *Pueblos indígenas para el mundo del mañana*, de Stephen Corry". En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 32, N.º 53, pp. 277 - 280.
DOI: <http://dx.doi.org/10.17533/udea.boan.v32n53a15>
Texto recibido: 15/10/2016; aprobación final: 15/11/2016

Este libro, cuya primera edición en español corresponde al año 2014, fue escrito por Stephen Corry, director de la organización no gubernamental *Survival International*. Es producto de las experiencias y preocupaciones que movilizan a la organización y responde a su interés de incidir a favor de la diversidad étnica de manera global. Tratando un amplio abanico de problemas y situaciones concernientes a las relaciones de la sociedad industrial avanzada —es decir, Occidente— con los demás grupos humanos, el autor pretende denunciar la situación de dominación, violencia y hasta exterminio de estos grupos, así como señalar, de manera reiterativa a partir de cada nuevo caso descrito, la necesidad de repensar las formas de relacionarnos y negociar respecto a intereses particulares.

El libro se puede organizar en dos grandes momentos: el primero, expositivo, y el segundo, más argumentativo (que cobra fuerza a partir de lo desarrollado anteriormente). Así, pues, se exponen diversos temas, desde una definición misma de lo que es un pueblo indígena y una tribu, hasta casos históricos concretos de agresión por parte de Occidente: esclavitud, violencia y tortura, enfermedades, robo de tierras, robo de recursos, etc., en los cuales siempre se habla primero de las características propias del grupo étnico, de modo general, y luego se presenta el

caso de agresión, que de manera tendencial tiene como causa los procesos de expansión occidental y que Corry identifica como procesos propios de modernización y progreso.

Después de repasar cómo se repite la situación de represión en los distintos continentes, se habla de “la respuesta del mundo” (2014: 323): la geopolítica configurada en clave de esta relación desequilibrada, la influencia de la ciencia y los medios masivos de comunicación para reproducir estereotipos legitimadores de la subsunción de lo no-occidental, y se presenta un marco general de discursos étnicos en función de su defensa política ligada al acceso a la tierra, a su autodeterminación económica y cultural y lo que tiene que ver con los derechos humanos que los cobijan. El eje que unifica ambos momentos es la clara postura del autor en cuanto a la denuncia de la situación, y el pregón por el reconocimiento de la otredad como pilar necesario para la humanidad (la postura se legitima desde la consideración del indígena como conservador del medio ambiente o desde el discurso universal de los derechos humanos).

El argumento central que atraviesa esta ilustración de las formas en que los grupos indígenas han sido defendidos o atacados por diferentes frentes sociales está ligado a su supervivencia o no en un futuro cercano, y a un “llamado de rescate” y de responsabilidad de Occidente frente a la problemática: “Los pueblos indígenas sobrevivirán si hay una proporción significativa de la opinión colectiva que así lo quiera y que así lo exprese. De la misma manera, estos pueblos se extinguirán si solo son apoyados por un movimiento débil” (Corry, 2014: 428).

Corry parte de la generalización que se hace en Occidente del indígena como “atrasado”, desde una mirada ligada a un concepto de progreso específico; le interesa, más que la discusión con corrientes y escuelas que han desarrollado el tema, problematizar el sentido común respecto al mismo. Que el libro tenga un carácter divulgativo es consecuente con esta finalidad. La crítica al carácter etnocéntrico del discurso del progreso occidental va ligado siempre a una defensa de otras formas distintas de “elección” (Corry, 2014: 431), aunque esta defensa no se apoya en la argumentación antropológica que efectivamente se ha producido al respecto, y que va desde el estructuralismo hasta los movimientos actuales de reivindicación de las formas indígenas de economía. De ahí que se pierda algo de efectividad en la postura, al sostener una opinión para combatir otra; dado el desarrollo actual de la teoría antropológica y de las ciencias sociales en general, es paradójico el carácter meramente filantrópico de esa insistencia y defensa de un respeto a lo diverso.

El libro divulgativo de Corry desconoce las discusiones antropológicas contemporáneas sobre el mismo tema, o las reduce a un par de referencias que en últimas no participan de su propia argumentación, sino que aparecen como datos aislados y en que prima la responsabilidad de la disciplina para el sostenimiento del indígena en su situación de subalternidad. Dicha condición es consciente por parte del autor, que ya lo advierte al comenzar el libro, y que la sostiene hasta su conclu-

sión misma y más allá, en un apartado de cierre que, a propósito, titula “¿Por qué no hay referencias o bibliografía?”. Esa escisión entre ciencias sociales y activismo político, entre antropología y agencia política para el cambio social, que acá es posible identificar con claridad, obliga a un cuestionamiento de ambas partes. Corry no se preocupa por reconocer el trabajo realizado para la comprensión de la otredad y la complejidad de las negociaciones y tensiones del proceso de expansión de la modernidad capitalista, y eso lo lleva a una tautología en la argumentación y a una falta de concreción respecto a lo diverso y lo común.

Si bien el antiacademicismo de Corry tiene un valor de verdad, esto es, su malestar respecto al trabajo científico se corresponde con un común uso del mismo de manera aislada de un papel social y de concreciones que lleven a praxis políticas, absolutizar esta situación resta, paradójicamente, rigurosidad y contundencia práctica a sus argumentos. Desconocer los procesos que las ciencias sociales han llevado a cabo en la construcción y la constante transformación de conceptos para problematizar la realidad, es desconocer su valor histórico y el carácter dialéctico de la relación entre concepto y realidad. Lo antropológico necesita —y en muchos casos tiene— el sentido de urgencia para la agencia que Corry manifiesta, y así mismo Corry necesita del conocimiento adquirido de la antropología para ir más allá del enunciado inmediato.

Así, por ejemplo, la defensa de la diversidad, central en Corry, no puede concluir, como pareciera sucederle, en un relativismo absoluto que esencializa lo que es histórico. Lo que sin duda es una intención humanista corre el riesgo de la estetización y el nominalismo radical. La importancia misma del tema, que Corry una y otra vez señala, se desdibuja por la ausencia de esa relación con la ciencia, y que, como decisión del autor, lo desembaraza de tener que propiciar un debate más amplio y argumentado.

Corry propone su libro como una guía, en un sentido que ya no aparece como ambición en la antropología y, en general, en las ciencias sociales y humanas. Parece ser que esa tarea de problematizar un tema determinado en términos globales y respecto a fenómenos de escala global, por la misma connotación negativa que ha adquirido —el miedo a los “grandes relatos”—, se desplaza del ámbito científico al divulgativo. Como problema que requiere de manera necesaria una confrontación, no es algo nuevo, y ya L. H. Morgan, al fundar la Gran Orden de los Iroqueses, propiciaba que la disciplina se debatiera al respecto, estableciendo como papel social de su actividad el de la divulgación de la cultura iroquesa y la defensa de sus derechos. De ahí en adelante, las corrientes teóricas y las posturas políticas han oscilado hasta hoy: la inapetencia del activista por confrontar su mirada con el bagaje antropológico debería alarma sobre nuestra capacidad como disciplina de propiciar y participar en la reflexión.

La de Corry es una “obra narrativa” (2014: 435), como él mismo señala, y en ese sentido consideraría que su valor para la disciplina estaría ligado a una an-

tropología del activismo o de cierto ámbito del indigenismo contemporáneo (para comprender el discurso del activista como objeto de estudio que sin duda ha tenido consecuencias políticas y de agencia respecto a la percepción sobre estos grupos). Como objeto de estudio, también nos enfrenta a los antropólogos a una reflexión necesaria sobre nuestro papel social y la incidencia de nuestros estudios en las arenas políticas y mediáticas contemporáneas, que son los espacios decisarios sobre aquello que pretendemos autoridad. ¿Estamos siendo los antropólogos dialécticos respecto al carácter inherentemente social de la ciencia, o estamos ubicándonos en un maniqueísmo que creímos haber dejado atrás, en la primera mitad del siglo xx?

Referencias bibliográficas

Corry, Stephen (2014). *Pueblos indígenas para el mundo del mañana*. Círculo Rojo, Pamplona.